

Bermudo, en su marcha, no ceja, imprudente;
sus armas ofenden la villa naciente...

Rey Sancho hace campo y el cielo es testigo
que no mueve guerra; pero va al castigo;

que Castilla aún tiene sobre el corazón
la mancha de sangre que queda en León.

¡Fatales contiendas!... Pero á bien llegaron;
que hoy todos vivimos de lo que engendraron;

y, por ellas, saben las nuestras Españas
que no nacen hijos sin romper entrañas.

—Se acoge á Galicia Bermudo vencido;
moviéronle celos; mas no le han valido.

Y aquel día Sancho ve que un Reino son
Navarra y Castilla, Castilla y León.

... No fuera el respeto, yo me asomaría
á leer los sueños de su alma, aquel día.

¡Qué empresa de fuerza, de paz y de amor!
Por fuerza era empresa para un Rey pastor.

El milagro es corto; pasará con él;
mas de él, á Fernando, lo cuenta Isabel...

Que aunque muchos reyes conoció este suelo,
sólo han de contarse, para el regio anhelo,
que echó tantos oros sobre tanto duelo,
ellos dos, los nietos; Rey Sancho, el Abuelo.

XIII

Que el Rey don Sancho, viejo
en años, y señor de un solo reino,
traza y manda construir la ruta de
Santiago de Compostela para pere-
grinos.

Sesenta y cinco años cuenta don Sancho de monarquía;
vive en su leyenda, luego de vivir su profecía;
más años que su vasallo de más años contaría;
por las barbas del Rey Sancho todo leal juraría...

Ya, como sale del mundo, da cara á la eternidad;
las dos unciones que lleva, corona y longevidad,
el cuerpo augusto le encorvan, sin quitarle majestad;
viéndole cerca la tierra, le tiene más libertad.

Asegurado su reino que lleva prieto en la mano,
pagando en sangre de moros el daño que hizo al cristiano;
nieve es, en las altas cumbres de su Reino, el soberano:
como está en alto, ve todo lo cercano y lo lejano.

Como está en paz, que no alienta quien se le quiera igualar,
piensa qué obra, á sus vasallos, les podría encomendar;
su Reino está tan cumplido, que no lo puede agrandar;
lo abrirá á los otros Reinos, que lo vengan á admirar.

Y aquel gigante Rey Sancho, para trazar un camino,
aún sabe tener seguro su pulso en el pergamino;
la ruta de Compostela manda abrir al peregrino,
por donde su reino sea de todo reino vecino.

Las cumbres y los jarales pisan sus gentes de espada;
abren camino los mismos que hicieron foso en mesnada;
quita él la mano del cetro para llevarla á la azada;
cuando en Navarra moría, deja la ruta acabada.

¡Qué camino el de Santiago, que tiene el ansia de un vuelo!
¡Qué semillas de otros Reinos las que le caen por el suelo!
Dios premia, á tan buena cuenta, del Rey don Sancho el anhelo,
que quiso tener la imagen de aquel camino, en el cielo...

—Y así, con sus dos unciones, corona y longevidad,
Rey fué don Sancho, á su modo, de toda la cristianidad:
su Reino, engendrando á España, resonando á humanidad,
fué, en labios de peregrinos, el mejor de aquella Edad...

EPITAFIO

«Caminante: éste es el cuerpo del Rey don Sancho el Mayor;
»nació en Navarra la noble, cristiano y batallador;
»unió reinos; fundó villas; fué rey y legislador
»y abrió un camino: sus hijos le llaman Emperador.»

RUINAS EN LA MONTAÑA

(POEMA CÍCLICO)

CANTO PRIMERO

LA RELIQUIA

Alma fuerte: si el deshielo de los días
no ha podrido, de raíz, tus energías;
si eres alma, si eres fuerte,
si, escalando las montañas de esta suerte,
les descubres á las águilas sus crías,
mira bien sobre qué piedras han escrito
tus abuelos seculares sus hazañas,
asentando, en el cimal de las montañas,
los sillares de sus tiendas de granito.

Mira bien.

Desde aquí rasan tus miradas
de dos Reinos diferentes las llanuras,
y no llega, á estas alturas,
el rumor del torrenal en las cañadas;
pero el agua de los cielos.

al correr sobre estas ruinas ejemplares,
se enriquece de los dejos seculares
de la Edad que esculpió en ellas sus anhelos;
y así baja, consagrada, hacia los llanos,
con resabios á las obras de las manos,
de unos Reyes, tus Abuelos.

Piensa bien.

Cuando, en flaqueza, á medio monte,
encontrando aquella sombra en los jarales,
te sentaste á contemplar el horizonte
y á tu sed brindó una fuente sus raudales,
al beberla, en tus dos manos reunidas,
con el agua, en tus entrañas penetraron
las piedades de tu Dios, á quien olvidas,
y el esfuerzo de unos hombres que le honraron.

Alma fuerte: si, en tu anhelo, recogiste
de la Edad que llamas tuya los anhelos,
confortada en la merced que recibiste,
¿no has pensado: «tú que hiciste
por tu Dios y tus Abuelos?»...

Mira bien.

El monumento derruído
aún publica, en actitudes de coloso,
los afanes de la lid que ha combatido

con el tiempo y el olvido,
en el aire de las cumbres silencioso.

Y estos paños de su herida arquitectura
que bandea el huracán embravecido,
muerto el héroe, en quien tenían un sentido,
son las piezas de su trágica armadura;
son las sombras de sus gestas que, él caído,
le hacen ronda á su sepulcro, de rodillas;
la corteza de un gran fruto corrompido
que se arruga, á dar amparo á sus semillas...

Mira el signo del supremo desconsuelo...
Cuando el héroe vió que sólo, á sus fatigas,
daba zumo de parásitas el suelo,
hizo ariete de sus hombros en las vigas,
volcó el techo de su templo en las ortigas,
y en un éxtasis de piedra, se quedó mirando al cielo.

Mira huesos de sus manos,
mira polvo de los huesos insepultos,
blanquear, por los incultos
matorrales de estos llanos...
Mira restos del blasón, en que dejara,
puesto en piedra, el esplendor de sus coronas,
asomar por las roturas de la jara:
aquí Dios tenía un ara, y falta el ara;
tu pasado, una Reliquia, y la abandonas.

CANTO SEGUNDO

LOS QUE ARARON MONTAÑAS

Fueron, con la simiente de sus propias hazañas,
sembradores de Reinos, en un gran gesto agrario,
estos Reyes Antiguos, de manto legendario,
que, en sus marchas guerreras, araron las montañas.

Sentían de sus hijos la futura energía
palpitar de los tiempos en lo insendable arcano,
y escalando la cima de un monte, cada día,
las lindes de sus pueblos llevaban en la mano.

Tribu de Héroes, que en Dios tenía su Patriarca,
en un día de juegos, que fué un ciclo de guerra,
Dios les dió para todos las llaves de su arca,
y ellos, para sus nietos, dividieron la tierra.

En sus vestes de pieles, blandiendo sus azconas,
á su paso, escapaban hombres y selvajinas,
y, al salir de los bosques, sacaban las coronas
empenachadas de hojas y arañadas de espinas.

Y éstos, que la heredad del mundo se partieron
cuando á lo descampado de las cumbres salían,
recordando al Patriarca, de quien la recibieron,
era un ara de piedra la oración que le hacían.

¡Ruinas en la montaña, partidas sepulturas:
reid de nuestro paso, que la yerba en los suelos
hunde apenas, vosotras que, por estas alturas,
sois horma de los pasos de los Reyes Abuelos!

En vosotras dejaron trazadas sus naciones;
os va uniendo una misma cadena de misterios;
de montaña en montaña sois como los crestones
de una almena ciclópea que ciñe sus imperios.

Y esta decrepitud de abandono en que yace,
ruinas, entre los muros, vuestro techal hundido,
es la forma de vuestro Reino, que se deshace
antes de que nosotros le demos un sentido.

Porque, en la Edad primera, los Reyes Campeones,
al incansable empuje de su ariete de guerra,
sólo abrían los huecos que serían naciones:
tenían un gran gesto para medir la tierra.

Y, como el labrador de heredades sin cuento,
que consume una vida de cuidados prolijos
en preparar sus tierras para el alumbramiento,
y deja la labor de la siembra á sus hijos,

ellos, que en las entrañas llevaban nuestra norma,
y en la holgura del gesto la virtud de plasmarla,
forjaron, en granito, de sus reinos la Forma,
y á nosotros nos dieron la misión de animarla.

No fundaron ciudades, fecundaron montañas;
y en el ebrio deliquio de una noche de estrellas,
por caricia nupcial, les dieron sus hazañas;
son sus Reinos los hijos que engendraron en ellas.

Monarcas aradores, fornales de energía:
merecisteis la paz de vuestra sepultura;
bajo el haz de los siglos, visible todavía,
de montaña en montaña, vuestra gesta perdura.

Monarcas, que llevabais nuestra ley en la entraña,
y que en la siembra de ella nos habéis heredado:
sobre estas santas ruinas, de montaña en montaña,
vuestra gesta perdura...

La nuestra no ha empezado.

CANTO TERCERO

EL ALMA DORMIDA

I

Tantas agrias ambiciones,
tanto frío desencanto,
tanto modo
de oscuras renunciaciones,
¡y á España no alcanza el manto
para todo!

Afánanse las ciudades
á dar muestra, en sus clausuras,
de su brío;
pero, en estas soledades,
el aire de las alturas
está vacío.

Ciudades, las populosas
de vera el mar, en Levante
y Mediodía;
y esotras, las poderosas,
de donde arrancó imperante
la hidalguía:

¿va, en vosotras, á buscar
el alma las ocasiones
de su gloria,
ó el asilo, en que escapar
á las sollicitaciones
de su historia?

¿sois las arcas nacionales,
que el pasado hizo granero
de energías,
ó, en las luchas materiales,
sois arrimo pasajero
de los días?

¿en vuestra gran resonancia,
y al golpe de los martillos,
la Ley medra,
ó no tenéis más sustancia
que el adobe y los ladrillos
y la piedra?

Porque, al dejaros, ciudades,
desde estas cumbres en calma,
sonáis poco;
porque, en estas soledades,
con las manos de mi alma,
yo no os toco.

No pasan vuestros destinos
la sombra del monumento
que los cría;
porque, si os juntan caminos,
no os conjunta un pensamiento
todavía...

Vuestras voces no hacen canto;
ni vuestras aves, bandada
poderosa;
ni vuestros retazos, manto;
ni río, vuestra riada
temerosa.

Toda estás dispersa, España;
son rebaños desunidos
tus afanes;
y así no tienes, España,
otra voz que los aullidos
de tus canes...

II

Porque estos remansos quedos
de la Historia, en estas sierras,
¿quién los sabe?
Y la ley de estos hayedos,
¿qué mano hay, por estas tierras,
que la grabe?

Tantos buenos caseríos,
tantas torres, que ha deshecho
la tormenta;
y tantos mozos rufos,
y tanto campo en barbecho,
¿quién los cuenta?

Las aguas de estas cañadas
¿quién las pone á rendimientos
en la lucha?
Y en las agrias invernadas
la voz de Dios, en los vientos,
¿quién la escucha?

En las angustias pequeñas
de estos oscuros cabreros
¿quién se aflige?
Y el derrumbarse las peñas
por estos derrumbaderos,
¿quién lo rige?

¿Qué fuego tendrán los hombres,
cuando en estas latitudes
todo es nieve?
¿Qué nombre, sobre sus nombres?
La muerte, en estas quietudes,
¿quién la mueve?

¿A qué tender tanto techo
si no hay rastro, en su regazo,
de una idea?
La sangre que sobra al pecho
y el vigor que sobra al brazo,
¿quién lo emplea?

Lo manso contemplativo
de estas nieblas montañeras,
¿quién lo apura?
Si el recio sello nativo
no ha de resellar quimeras,
¿por qué dura?

¿A qué esta veta en la entraña
y estas fuerzas manantiales
y esta ruda
potencia de la montaña,
si, en manos de los mortales,
no trasmuda?

¿Por qué el monte obra á su modo
y unos mismos ejemplares
reconstruye?
¿para qué esta ley de todo,
si en el humo de las llares
se diluye?

El espíritu que emana
de tantas cosas vitales,
¿dónde para,
si, á su paso, el alma humana
no lo apresa en los zarzales
de la jara?

Si sus venas religiosas
la montaña da, en sus pechos,
á la Raza,
¿por qué el alma de las cosas,
con el alma de sus hechos
nadie enlaza?

¿Quién del sol hace memoria
y de los rayos postreros
que despide?
El tránsito de la Historia
por estos desfiladeros,
¿quién lo mide?

Lo que tiene esta encontrada
de común con sus iguales,
¿dónde cesa?
Y aquello, en que hace parada
de fuerzas originales,
¿quién lo expresa?

Si es, á manera de arado,
fuerte como los metales
la palabra
y Dios no tiene acotado,
sus campos espirituales,
¿quién los labra?

¿Quién pone un muro al olvido?
Y esta paz de la montaña
tan intensa,
¿quién la reduce á sentido?
Y el común aire de España,
¿quién lo piensa?

¡Qué dispersos, los rebaños!
 Y en la voz de los pastores,
 ¡que impiedad!
 A la vuelta de los años,
 por todos estos alcóres,
 ¡qué orfandad!

Tanto sillar de granito,
 tanto mármol y basalto,
 tanto grave
 dístico, en ellos, escrito,
 ¡y no hay bóveda en lo alto
 de la nave!

El común cimiento ibero
 tan seguro y, en los años,
 tan remoto,
 donde hicieran asidero
 nuestras manos, en sus daños,
 ¿quién lo ha roto?

¡Movamos las tierras hondas!
 ¡Al común suelo inclinemos
 las cervices,
 y, porque se unan las frondas,
 por bajo tierra, lleguemos
 las raíces!

¡Que acabe esta dispersión!
 ¡Que el disgregarse, en los llanos,
 de la grey,
 lo ponga á dura sanción,
 alzándonos en sus manos,
 una ley!

III

—Reyes, los nuestros abuelos,
que en vuestras viejas hazañas
trazasteis sobre montañas
la linde á nuestros anhelos;

que, en vuestra guerrera Edad,
hicisteis la partición,
dejándonos, en misión,
la siembra de la heredad;

cuyo mandoble sangriento
trazó, en las sierras, un día,
la forma que llenaría
nuestro propio pensamiento;

haced, desde lo infinito
de vuestra inmortalidad,
llegar á nuestra impiedad
vuestras voces de granito...

En la heredad recibida
pusimos la centinela

con el egoísmo en vela,
mas con el alma dormida;

y el agua de Dios, que llueve
sobre los negros techales;
y el huracán y la nieve
de las cosas materiales,

corroen el monumento,
sin que el alma, en sus fervores,
lo renueve, á los calores
del hogar del pensamiento.

Reyes: á nuevo destino
movernos el corazón;
que nuestra disgregación
la apriete un cerco divino;
juntad tizón á tizón
y una llama, en remolino,
se levante de su unión.

Si el alma dormida vino,
con daños de su misión,
hasta olvidar su destino,
Reyes, detened la acción
del tiempo, en su torbellino;
¡y dadnos la bendición,
para cambiar de camino!

CANTO CUARTO

LAS LLAVES DEL ARCA

Cuando, dejando el hato del día en los recodos,
salgamos á lo eterno desde la senda exígua
y nuestra patria sea, sobre su forma antigua,
el haz de un pensamiento que agavillemos todos,

sin cesar acreciendo la espiritual reserva,
no han de perderse, España, para tu regio armiño,
ni ternura de lágrimas sobre rostro de niño,
ni gota de rocío sobre tallo de yerba.

Todo entrará en la onda de una unidad viviente;
serás remanso de aguas, no témpano de hielo;
como la tierra, en formas y en color diferente,
que se expande en sus hálitos y se condensa en cielo.

Cambiaron, de los siglos en el flujo incesante,
sus misiones, los hombres y las patrias, sus leyes;
ayer surgió, de un trazo, la patria amenazante
doquier el suelo herían con su espada los reyes;

y hoy la patria es la imagen de Dios que proyectamos.
á nuestro modo, sobre la arena del camino;
hilo de luz perenne que con el alma hilamos
de las horas diversas en el copo de lino.

Sin perder lo nativo de su traza genuina,
para todos nosotros, en ideal desdoble,
todas las cosas sean, como en lo antiguo el roble,
signos de una manera de heráldica divina.

Y así nos serán patria, después de sernos tierra;
y siendo nuestro espacio, serán nuestra medida;
porque hallarán, en ellas, sin asomo de guerra,
su vida, nuestras leyes, y su ley, nuestra vida.

Y así el vaso de piedra de las patrias vetustas
colmará el pensamiento, llegando á estas colinas
tanto, que del Espíritu las vendimias augustas
rebotarán del borde, que son estas ruinas.

Y espíritu y espíritu, patria y patria, ya entonces
no beberán la sangre de las venas humanas;
que si en campos de guerra se opusieron sus bronce,
en los campos de Dios se encontrarán hermanas.

El ciclo de las patrias se cerrará.

Su mano

tenderá el hombre sobre la tierra reunida
y volverá á triunfar, por el esfuerzo humano,
en la unidad del ser la unidad de la vida.

Viendo en paz á sus tribus, sonreirá el Patriarca;
y rezando en un ara común sus oraciones,
los Abuelos, al frente de sus generaciones,
devolverán á Dios las llaves de su Arca.